

## AMARILLO

El amarillo es un color que tiene reminiscencias de cuerno antiguo, de moneda falsa, de la artemisia, del sol generoso. Color de la manteca, del arsénico, de las esponjas, de la luz de las velas, del pasto famélico, del ámbar traslúcido, el amarillo representa la sabiduría, la iluminación, la intuición, el poder y la gloria.

Jamás adquiere el amarillo mucha profundidad, a pesar de su brillantez. Es un color delicado, liviano y poco estable, pues si se combina con una gota de cualquier otro color altera inmediatamente sus cualidades. En particular, cuando es aligerado por el azul, asume un tono enfermizo y poco apetecible. Si uno tuviera que compararlo con algunos estados mentales humanos, podría decirse que el amarillo no representa al depresivo sino más bien el aspecto maníaco de la locura, pues dispersa su fuerza en todas direcciones, sin ningún rumbo, desesperadamente, hasta que se reduce a sí mismo y queda completamente ausente.

La naturaleza usa más raramente amarillo que cualquier otra tonalidad, pues todo parece guardarlo para el ocaso, pródigo en azules. Pero el astro más importante —nuestro sol dador de vida— es amarillo: cincuenta magnitudes más brillante que las estrellas más débilmente observables, el sol es una estrella que está a mitad de camino entre las más grandes y las más pequeñas y también entre las más calientes blanquiazules y las estrellas rojas, las más frías.

En Egipto el amarillo era el color de la felicidad y la prosperidad. Y en el zodíaco antiguo es el color que rige a Leo, el león amarillo y al mismo tiempo también se lo asocia con el conocimiento y la inteligencia. Pero también posee muchas connotaciones negativas. Es el color de la deslealtad, la malevolencia y, a menudo, de la traición, el engaño y los celos. Una única rosa amarilla es el símbolo de la infidelidad o del desamor. Es también el color de la astuta adulación.

Y existe una fiebre tropical infecciosa conocida como fiebre amarilla,

en la que la piel de la víctima se pone fría y adquiere un tinte insalubre. Esta enfermedad es transmitida por un mosquito doméstico. Dicho sea de paso: la sangre de los insectos no es como la de los vertebrados. De hecho, es casi incolora y ligeramente manchada de amarillo.

Las fragancias de perfume aparecen encarnadas en oro o en amarillo. La mayoría de las cervezas son amarillas. El orín es amarillo. El bronce es de un amarillo apagado. El canario, de uno encendido. Amarillo es la flor del narciso y amarillo es el río más importante de China, cuyo color es el resultado directo del movimiento natural de las aguas que en su agitación hacen emerger capas de barro.

Sobre papel de color amarillo se solían imprimir las primeras historietas, como el Yellow Kid —yellow significa también cobarde en idioma inglés— niño “vagamente extranjero y de un aire siniestro” de los barrios bajos neoyorquinos. El impacto de su presencia en los diarios sensacionalistas otorgó impulso al término “periodismo amarillo”. Durante esa época, las luces de los faroles equipados con quemadores, parpadeando románticamente, difundían en un radio restringido su singular resplandor amarillo, dando a la vecindad un aspecto algo fantástico.

Es que siempre ha habido un cociente espeluznante, alguna clase de condición ultraterrena, de rara luminosidad, asociada al color amarillo. Así sucede en la encantadora novela de William Morris *El bosque del fin del mundo*, en la que solamente unos anillos mágicos amarillos pueden conducir a los viajeros al Bosque. Para Mencken, en cambio, la luz solar sugiere de manera directa la alegría imbécil, de gallinero, propia del humano. Gauguin, que adoraba el amarillo primitivo, pinta la figura de su Cristo amarillo con una palidez que por momentos recuerda los girasoles que él mismo realizó en su retrato de Van Gogh, y que representan un sudario de la fatalidad. Y en su drama *El sonido*

amarillo, Kandinsky nos muestra el universo surgiendo de las tinieblas del caos mediante rayos de luz. El mismo Kandinsky escribe en *De lo espiritual en el arte*: “El disonante amarillo limón lastima los ojos como al oído una nota alta de trompeta”.

Nos internamos en el amarillo, supongo, cada uno a nuestra manera, en sintonía con nuestros valores, sin duda, en el modo particular de empatía —cualquiera sea ella— al que nuestra visión particular aspire. Sin embargo: ¡que enigmático parece, siendo al mismo tiempo un color tan dispuesto a la condescendencia!

# ROJO

Es el color de la sangre y de las erupciones volcánicas, de la capa del torero, de las señales, del tomate, de la cereza. Es el color de la carne y el de lo prohibido. El color rojo representa la caridad y el sacrificio, el infierno, el amor, la juventud y el fervor, el pecado y la expiación. Es el color hebreo de Dios y el de la navidad cristiana. Indica la dirección oeste en el Tíbet y la dirección este en la cultura de los mayas. Es Marte en el zodiaco antiguo. El rojo es, por supuesto, el color del fuego intenso. Es el color del amor y muchas veces es de la muerte. Es el símbolo del sol naciente en Japón. En China, país en el que el rojo significa felicidad, la ira es representada por un perro de ese color y en el teatro tradicional chino se sugiere la lealtad de un personaje pintando su rostro de rojo intenso.

Es una idea generalmente aceptada que, de todos los colores, el rojo tiene la mayor intensidad y el más alto poder de atracción. Sucede que el rojo es fuerte, sencillo, primario. Así, el rojo es el primer color designado en casi todas las lenguas primitivas. Y de acuerdo con la antigua tradición hebrea, Adán, el primer hombre, significa tanto “rojo” como “vivo”.

La naturaleza nos ofrece una oculta paleta de rojos en la arcilla: la alfarería en arcilla roja, que acompaña al hombre desde tiempos inmemoriales, se realiza con la misma arcilla ordinaria que se utiliza para fabricar ladrillos comunes o macetas. Pero el rojo también aparece en las plantas, en las cortezas, en las flores y en los minerales. El clima cálido y seco favorece muchas veces el crecimiento de líquenes, cuyos excrementos, dicen los microbiólogos, producen una pátina rojiza. Y una diminuta ranita roja de la selva amazónica secreta el más mortal veneno conocido por el hombre.

El arte prehistórico era, en esencia, un arte de exteriores. Y el fondo para este arte lo ofrecían la vegetación verde y el cielo azul. El uso de colores cálidos —y del rojo en particular— resultaba contraste

eficaz contra esos fondos. El rojo de las pinturas rupestres provenía del intenso mineral de hierro, molido mediante el uso de piedras o morteros de hueso hasta convertirlo en polvo y luego mezclado con sangre de animales o grasa y jugos de plantas. Así el bisonte de Altamira y así las muchas manos coloradas de las cuevas del río Pinturas en nuestra Patagonia. Se afirma que la abundancia de manos pintadas en las cuevas prehistóricas es el resultado del pedido de protección a las divinidades. Aún hoy, la mano roja pintada en las viviendas de lugares tan diversos como México, Turquía, la India o Irlanda intenta cuidar de los daños a sus habitantes, y especialmente a las mujeres solas. El rojo es un color masculino y marcial, pero también es posible asociarlo con naturalidad al mundo femenino, como lo sugiere la imagen de una perfecta boca pintada de ese color. En los tiempos bíblicos, las mujeres teñían su cabello, se pintaban las uñas de los pies, de las manos —y hasta pies y manos completos— con jugo de henna, que les dejaba ese tinte rojo anaranjado tan bien descrito en el Cantar de los cantares. Muchas de las más famosas arpías que han dado la literatura y el cine han sido pelirrojas, quizás porque la provocación está en la propia naturaleza de este color: “Dalila, una opulenta mujer de flameantes cabellos rojos yacía, medio desvestida, en un manto de piel oscura sobre un diván rojo, y se inclinaba con una sonrisa sobre Sansón, que había sido capturado y atado por los filisteos”, escribe Sacher-Masoch en *La venus de las pieles*. Es un color brillante, que siempre tienta, que promete excitación. Por eso aparece con suma frecuencia en las historias infantiles: la capa de Caperucita o los zapatos de Dorothy en *El mago de Oz*. Pero es también Bette Davis en *Jezabel*, Rita Hayworth en *La pelirroja*, Michelle Pfeiffer con un vestido rojo cantando seductoramente sobre un piano de cola en *Los fabulosos Baker Boys*.

# AZUL

El azul es el color más extraño del reino natural. Seguramente por esa razón el azul sugiere misterio, tristeza, enfermedad y también nobleza. Es el color del cielo y del mar, de lo abierto y alto y de los abismos más profundos. Es un color casi blanco en el horizonte diurno y sorprendentemente oscuro, casi negro, en las largas noches.

Solemos pensar que el azul es un color frío. Sin embargo, las estrellas más calientes son de un color blanco azulado y las que son comparativamente frías tienen un brillo rojizo. Más un estado de la luz que un color, el azul también es el vacío, la simplicidad del espacio infinito que puede contener todo o nada. Quizás sea por esta razón que durante mucho tiempo el hombre consideró al azul como el color de la imaginación y el de la inmortalidad, como sucede en la tradición esotérica china.

A muchas lenguas primitivas les falta una palabra distintiva para el azul, tal su particularidad. El azul egipcio se preparaba calentando arena, carbonato de sodio, cal y sulfuro de cobre para producir un gas que era luego machacado hasta formar un polvo, un pigmento de color más intenso en su estado más grosero. Y cuanto más fino se lo molía, de un azul más pálido se volvía. Los griegos llamaban a este color kyanos (de allí nuestro cian) Y los romanos caeruleus, cerúleo, palabra que Virgilio emplea cientos de veces en sus obras para referirse al color del mar.

En Grecia y en Roma las barbas de las esculturas eran pintadas de azul, pues posiblemente cierta tonalidad azulada fuese el ideal del cabello negro. En el Éxodo, el libro del antiguo testamento, se indica que la toga del Efod, el importante adorno del sacerdote hebreo, debía realizarse enteramente en azul. En muchas culturas —como sucede en el caso de los obispos Amish— las puertas de las casas de los personajes importantes de la comunidad se pintan de azul.

Azul es el color de las venas vistas a través de la piel y el color del alma de los fantasmas, cuya presencia es indicada a través del fulgor azul de

una vela. Son azules los pitufos, los mejores diamantes y el blue jean, que es una cabal demostración de que el azul es el color que destiñe con mayor facilidad. Azul es la polvorienta tiza que se utiliza en los tacos de billar y en el paquete de cigarrillos Gauloises. La porcelana china y la holandesa de Delft son azules. Y por supuesto, la blue note, utilizada para construir un giro melódico habitual en la música. Debido a la sensación de tristeza extendida que provoca su sonido (blue también significa triste en inglés) recibe asimismo el nombre de long note (nota larga).

El azul más bello que visto es el del mar Egeo: el movimiento de sus olas de las olas aumentan la increíble intensidad de su tinte. La luna que lo acompaña es muchas veces triste y, claro, también azul. Así parece entenderlo el gran César Vallejo en Los heraldos negros: ¡Luna! Alocado corazón celeste / por qué bogas así, dentro la copa / llena de vino azul, hacia el oeste / cual derrotada y dolorida popa?: un poema que no está muy lejos del espíritu lúgubre que gobernó a Picasso en su período azul.

Goethe, que sugirió a comienzos del siglo diecinueve que nuestra respuesta a los colores depende en gran medida de claves biológicas, consideraba que el azul producía inquietud, ternura y anhelo. “Cuanto más profundo es el azul”, escribe Kandinsky en *De lo espiritual en el arte*, “mayor es su poder de atracción sobre el hombre, la llamada infinita que despierta en él un deseo de pureza e inmaterialidad”. Man Ray enfatizaba las connotaciones fálicas del pan pintándolo de azul, porque el azul es el color del cielo, símbolo tradicional del varón. Sin embargo, como todos los símbolos adhieren al principio de dualismo antitético, el azul es también el color del agua, que siempre ha representado la imagen arquetípica de la mujer. Así es que en la tradición cristiana, el azul es el color de la virgen. Y Virgo —que está por abajo del horizonte para los astrólogos— pertenece al mundo azul de la noche.